

Coto
privado
PACO TOMÁS de
infancia

NOVELA



Paco Tomás



Coto privado de infancia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Paco Tomás, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2022
Depósito legal: B. 8.528-2022
ISBN: 978-84-08-25890-2
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Odio la Navidad. Escribo eso dos años después de asumir que amaba la Navidad, veinte después de odiarla por primera vez y siete días antes de volver a amarla de nuevo. Acaban de informar que mi vuelo a Madrid sufre un retraso de dos horas y, como es habitual en mí, me siento profundamente desdichado.

«Echo de menos tus...».

No puedo borrar de mi mente esa frase inacabada. Eso fue todo lo que leí en el teléfono móvil de Marco. Ahora que los teléfonos son todo pantalla, es más difícil ocultar los errores. También os digo que esperar en un aeropuerto me alarma. Tanto como hacerlo en las salas de espera de urgencias. Son lugares que no están pensados para aguantar. Son incómodos y no toleran paz alguna porque se recrean en el imprevisto. Te obligan a estar atento a unas pantallas donde el operador aeroportuario y cada compañía aérea maneja la información de tu vuelo como si fuese un valor de bolsa. Sube. Baja. Cambio de puerta. Los cambios de puerta no se comunican por megafonía. Debo estar atento a la puta pantalla.

Retraso de dos horas. Puede que al final solo sea de una y media. También es posible que sean tres. Un villancico de Lea Michele resuena por toda la terminal, adornada con recargados abetos falsos. Hay una armonía efectista en su

voz mientras interpreta que la Navidad siempre nos devuelve a la infancia. El aviso de megafonía, que recuerda que por nuestra seguridad debemos vigilar nuestras pertenencias en todo momento, interrumpe la canción. Luego las estrofas continúan como si nada. Esta tarde he comprendido que no tengo ningún interés en volver a la infancia. Nunca lo tuve. Por eso he empezado diciendo que odio la Navidad.

Uno recuerda la primera vez que repudió estas fiestas. Deja una huella perpetua. Como reconocer que no te gusta el azúcar, como darle la espalda a la sonrisa de un niño. Ya no es el hecho de asumir que vas en dirección contraria; es la percepción de la mirada excluyente del resto. No fue una cosa instantánea, de un día para otro. Fui odiando la Navidad gradualmente. Aseguran los hombres de gesto adusto que crecer representa dejar de vivir bajo los efluvios de la fantasía. Incluso los que estamos vivos gracias a inventarnos hasta el aire que respirábamos hemos llegado a fingir más de una vez que habíamos dejado de soñar para que nos tomara en serio la realidad.

Tenía siete años cuando sentí la losa antipática de la decepción. Aquel mediodía llegué del colegio con una idea en la mente: encontrar mi fotografía con el rey Baltasar. Mamá guardaba las fotos familiares perfectamente ordenadas en álbumes que estaban bajo su jurisdicción. Ni siquiera tenían un lugar en las estanterías de las zonas comunes de la casa. Los álbumes de fotos estaban en el dormitorio de mis padres. Dentro del armario. Cada vez que se sacaba el álbum, bien fuera para añadir imágenes nuevas o para mostrárselo a alguna visita, yo memorizaba cada una de esas imágenes. Su tamaño, su forma, si era en blanco y negro o en color, quién estaba en cada fotografía, la composición, los paisajes, los vestidos, las sonrisas y hasta los peinados.

Así podría visitarlas con la memoria todas las veces que quisiera sin tener que pedir permiso.

La foto que buscaba aquel día era un retrato brillante, en color, con los bordes blancos del papel fotográfico de los años setenta, en el que se veía a un hombre negro, disfrazado de Mago de Oriente, sentado en el trono que le había decorado el centro comercial. Miraba al objetivo como quien mira lágrimas. En sus rodillas sostenía a mi hermana Gloria, con dos años recién cumplidos, vestida con un mono blanco de punto que combinaba con el gorro. La mano de Baltasar contrastaba como letra impresa sobre la ropa blanca de mi hermana. Ella miraba al objetivo como quien mira a su madre. A su lado, de pie, con un abrigo gris abotonado hasta los últimos ojales y un pasamontañas azul marino, con manoplas oscuras, estaba yo. Y en mis ojos solo había hueco para el espejismo. Mirar como quien mira un oasis. Recuerdo una mueca tímida en mi cara, entre el llanto y el delirio, que podía resultar desconcertante para alguien que no me conociese, pero así era yo. Siempre dudando entre cuál de mis reacciones podría traicionarme primero. Frente a nosotros, al lado del fotógrafo, flanqueado por Antonio y Carmen, mis padres, estaba mi hermano Toni. Mirándonos como quien mira el techo.

—Mamá, dame la foto que tengo con el rey negro.

No sé qué estaba haciendo mamá, pero sé que no dejó de hacerlo cuando me contestó:

—¿Para qué la quieres?

—En el colegio se han reído porque les he dicho que los Reyes Magos existen. Que tengo una foto con ellos. Y se la voy a llevar esta tarde, para que dejen de reírse.

Entonces mamá sí que dejó de hacer lo que estaba haciendo y me prestó atención.

—Ven, tengo que contarte algo —dijo.

La primera gran decepción, cebada por la primera gran

mentira. Como la canción de Astrud. Ahí empecé a desconfiar de la Navidad, aunque reconozco que no llegaría a odiarla hasta bastantes años después. El sistema es incontestable en su perversidad y, cuando adivina tu oposición, te seduce buscando tu apoyo cómplice. Fueron años de pensar que formaba parte de un comité de elegidos, constituido por mi madre, mi hermano Toni y yo, cuya misión era mantener intacta la ilusión de mi hermana Gloria. Toda una sofisticada maquinaria, aparentemente inocua, para embobar a una niña de cinco años. Lo disfrutaba. Me hacía sentir útil, centro de la página en blanco, aunque Toni acostumbrase a pasarme las tareas más monótonas, como cortar pequeñas tiras de celo que debía ir colocando milimétricamente en el borde de la mesa, y quedarse él con las más agradecidas, como escribir los nombres en los regalos o colocarlos debajo del árbol.

Así comprendí el valor extraordinario del engaño, la importancia de construir ilusiones en familia, de esconder el deseo tras vistosos pliegos de papel de regalo, coronados por moñas de tela, que doblábamos con la destreza de un prestidigitador oriental y acababan prensados en una bola de papel, tras una orgía de impacencias. Si la mentira era buena para sustentar a toda una humanidad, ¿por qué no iba a serlo para mí?

Mi padre trabajaba en turno de tarde-noche todo el año y nunca llegaba a casa antes de las dos de la madrugada. La Navidad era la única época en la que nos encontraba despiertos. En su empleo como electricista de mantenimiento de una multinacional, sabía que una de las dos noches, o la buena o la vieja, le tocaría guardia. Y esa noche nos comprometíamos a esperar el ruido de su llave entrando en la cerradura de casa. En Nochebuena nos costaba aguantar despiertos hasta tan tarde y, aunque le poníamos empeño, era bastante común que Gloria y yo aca-

básemos dormidos en el sofá. Pero había que esperarlo. Aunque solo fuera para darle un beso y caminar, cual autómatas, hacia la cama. Por el contrario, los años que le tocaba trabajar en Nochevieja, su llegada se celebraba como un megatrón en la pista de baile. Toda la familia, incluidos tíos y primos, cenábamos y tomábamos las uvas en casa de los abuelos maternos, que tenían un piso grande, de los de familia numerosa, y cuando mi padre llegaba sentíamos que había que repetir todos los besos, felicitaciones y brindis con los que habíamos celebrado, dos horas antes, la llegada del año nuevo.

En la noche de Reyes solo podías esperarlo despierto si ya formabas parte del comité de sabios, aquellos que comprendían que estaban mintiendo. Solía llegar cuando ya estaba casi todo hecho. Los regalos envueltos y adornados, todos con su etiqueta correspondiente —«Para Gloria, del rey Melchor», «Para papá Antonio, del rey Gaspar»...—, y los zapatos enlustrados y colocados bajo el árbol por estricto orden de autoridad. Toni solía colocar los zapatos de mamá delante de los de mi padre. Cuando mamá se daba cuenta, adelantaba los de mi padre y le lanzaba una mirada que sentenciaba el final de la broma, aunque mi hermano continuase escribiendo las etiquetas sin dejar de sonreír. El ritual que mantuvimos todos juntos, incluida Gloria, fue el de preparar, antes de ir a la cama, los tres vasos de leche con canela y las galletas para sus majestades, además del cubo de la fregona con algunos mendrugos dentro para los camellos.

Sí, hasta aquella tarde en la que mi madre me sentó a su lado para contarme algo, yo también creía que tres camellos de más de dos metros de altura y quinientos kilos aproximadamente entraban en mi salón de apenas veinticinco metros cuadrados. A veces, mamá y Toni me enviaban al dormitorio de Gloria para que comprobase que estaba

dormida. Y permanecía en la oscuridad de su habitación velando su sueño y sin dejar de pensar que, cuando mamá se sentase con ella para contarle algo, como hizo conmigo, la mentira llegaría a su fin. Ya no habría nadie más en casa a quien engañar con los tres vasos de leche y unos mendrugos de pan. Ese lazo familiar perdería su atadura para siempre. Y aunque eso también me hizo odiar la Navidad, no fue suficiente.

Gloria soportó el engaño tres años más. Creo que el último mintiéndonos ella a nosotros. Porque ese año pidió un piano, como el que tocaba Benny Andersson, el de Abba. En casa, menos mi padre y Toni, éramos fans de Abba, aunque no entendiésemos ni una palabra de inglés. Un piano para Reyes fue motivo suficiente para que mi madre intentase decirle algo a Gloria.

Camino con templanza entre las puertas de embarque del aeropuerto de El Prat. Busco un lugar, alejado de familias con niños y pasajeros indignados, donde dejarme atracar a cambio de un café y poder sentarme a escribir un tuit en el que, tras etiquetar a la compañía aérea, la responsabilizaría de mi sufrimiento, amplificado por la Navidad, que bien sirve para convertir cualquier mezquindad, que durante el resto del año asumimos con irritante resignación, en un hecho inaceptable. Pero antes debo llamar a casa para informar del retraso.

—Hola, soy yo.

—Hola, hijo —contesta mi madre—. ¿Ya has embarcado?

—No. Por eso te llamo. El vuelo va con retraso. De momento, dos horas.

—Vaya. ¿Con quién vuelas?

—Con Iberia.

La verdad es que podría haberle dicho que con Qatar Airways, que me hubiese respondido lo mismo.

—Siempre se retrasa. Es que no sé por qué has elegido el avión pudiendo venir en AVE.

—Mamá, ¿sabes si tu hijo irá a buscarme al aeropuerto?

—No sé. Espera, que le pregunto.

Y escucho a mamá preguntarle a gritos, porque en nuestra familia siempre ha sido más práctico gritarnos las cosas que ir hasta donde se encuentra nuestro receptor y evitar así que la otra persona, o sea yo, perciba a su hermano remugar y contestar lo muy cansado que está, la cantidad de cosas que tiene que hacer, que si tal y que si cual, y que si «el señorito» no tiene piernas y manos para utilizar el metro. Mamá contesta «Vale, vale, vale» subiendo una octava en cada «vale», para evitar que yo lo escuche.

—Que dice que no puede, hijo, que está muy liado hoy.

Y acto seguido adopta un tono de confidencialidad que siempre te hace sentir importante, como si fueras el elegido para compartir su secreto. Lo que sucede es que mamá siempre hacía eso. Contigo y con los demás.

—Es que con las fiestas aún no sabe si le va a tocar trabajar en el hotel en Nochevieja y esa noche le tocaba quedarse con la niña, y como las cosas con Ana están tan feas pues no sabe si Ana le va a cambiar el día o no. Vamos, que está de mal carácter.

—Pues de mal carácter mejor que no venga. Bueno, te dejo. Voy a tomarme un café.

—Come algo. Un beso, hijo. Llama cuando embarques. ¿Quieres que le pregunte a tu hermana si Camilo puede ir a buscarte?

—No, mamá. No andes molestando a todo el mundo. Ya pillaré el metro. Un beso.

—Un beso, hijo.

Me siento en el Central Café, junto a los amplios ventanales abiertos a las pistas del aeropuerto, con los aviones repostando y las pasarelas de acceso desplegadas, como uno de esos conductos que se emplean en la ciencia ficción para introducirte en el cuerpo de otra persona y joderle la vida. Me he comprado un café descafeinado, con leche templada, y una barrita de cereales para intentar engañar a mi estómago, que prefiere un donut de chocolate. La chica que me atiende ha dibujado un corazón con la crema de la leche. Detesto que hagan eso. Si ya la crema me parece un timo cuquí para servirte menos leche, que dibujen sobre esa espuma es algo que me saca de quicio. Basta fijarse en las bolsas que se desprenden de mis ojos para dibujar cualquier cosa menos un corazón. Un hexágono, un pentágulo invertido, lo que sea menos un corazón. Me siento y lo destruyo con el palito de plástico que sustituye a la cucharilla.

Activo el *smartphone* y empiezo a zanganear por todas las aplicaciones. Estoy un rato en Instagram y solo busco el corazón en aquellas fotos que me trasladan un sentimiento alejado del estúpido bienestar navideño. Cierro Instagram y abro Grindr. Y justo cuando, desde el buzón privado, se descubre un esfínter, desnudado por dos manos que separan los glúteos como quien abre un telón, alguien se acerca y me dice:

—Hola, ¿eres Tomás Yagüe?

Es una chica joven, con el cabello corto y exquisitamente despeinado, que me está sonriendo. Aparto de inmediato el teléfono de su vista. Ahora que los teléfonos son todo pantalla es más difícil ocultar los esfínteres. Respondo con amabilidad.

—Es que soy superfán tuya. Te sigo en Instagram y me encantas. Y tu programa de radio lo escucho siempre. Estaba con mi madre ahí sentada, y le he dicho: «Creo que es

Tomás Yagüe, el de “Castro Camera”», y mi madre me ha dicho...

Sin borrar mi sonrisa, he dejado de escucharla mientras me contamina por dentro de apesadumosa frustración. Me saludan y me felicitan por mi trabajo. Me ven como el director y presentador del programa que admiran desde hace años, y veo en sus miradas un destello que se desterró de la mía hace tiempo. Aprecio que, a sus ojos, soy un triunfador. Me dicen «Eres mi referente» o «Quiero dedicarme a lo mismo que tú, ¿algún consejo?». Hay quien me envía su currículum, creyendo que tengo en mi mano una mínima capacidad de contratar a alguien. Y esa proyección de su mirada me ensombrece, como si fuese un impostor. Les doy las gracias, me hago fotos con ellos o les grabo notas de voz que envían a otros amigos. Les devuelvo, en pequeñas dosis de amabilidad, el cariño y las buenas intenciones que me dedican, pero, mientras lo hago, una sensación de fracaso entumece mis dedos.

Me gustaría poder decirles que no se dediquen a lo mismo que yo, que se busquen un empleo mejor. Y que si la vocación es tan grande que no podrían soportar dedicarse a otra cosa mejor retribuida, que no me imiten. Que no se hagan autónomos. Que lo hagan mejor de lo que yo lo hice. Me gustaría decirles que este tipo que se hace fotos con ellos es un mileurista que echa cuentas, todos los meses, para saber si va a poder cerrarlo sin números rojos. Hay días que siento que vivo para trabajar sin ninguna de las ventajas que tienen el resto de los esclavos de esta jodida plantación. Mi jornada laboral es de veinticuatro horas, no encuentro mis derechos por ninguna parte, llevo diez años facturando lo que la empresa que me contrata me exige que le facture, sin posibilidad de aumento. Solicitarlo tan siquiera les provoca la carcajada del que escucha un buen chiste. Por eso llevo décadas acumulando cuatro o cinco

empleos precarios que a final de mes, tras los descuentos y los abonos de IVA, me permitan pagar el alquiler. Mileurista a mis cincuenta y dos años. Cuando era adolescente, jugaba a imaginarme con cincuenta años y especulaba con cómo sería mi vida, mi trabajo, mi casa, mi amor. Bueno, al menos, conservo la vida, si entiendo la vida como el mero trámite de respirar.

—¿Puedo hacerme una foto contigo?

—Claro —respondo. Aquí sigue la sonrisa.

Le doy dos besos. Y le agradezco su fidelidad. Y la dejo marchar satisfecha hacia la mesa en la que la espera su madre, igual de sonriente, entusiasmada con una ficción que he aprendido a vender mucho mejor que mi realidad. Y esa sudorosa frustración a veces pesa más que la culpa. Y todas van mezcladas, como la ropa sucia, en el interior de la mochila invisible que cargo a la espalda.

De golpe, como llega el frío tras el verano o te conviertes en víctima de un linchamiento en Twitter, se me pasa por la mente la posibilidad de no subir a ese avión, de dejarlo todo atrás de una vez para siempre. No me gusta regresar. A nadie que se haya pasado años soñando con huir le gusta regresar. Y menos en esta fecha en la que las discográficas editan recopilaciones de grandes éxitos para envolver en papel de regalo.

Presagio que este año será más difícil. Porque hace demasiado tiempo que, cuando vuelvo a la casa de mi infancia, siento que regreso a una casa construida en la cima del Mulhacén. Y que cada año que pasa, está a mil metros más de altura. Distancia que tengo que recorrer a pie, haciendo escalada y pasando la noche en el refugio donde cada año quemo en vano la caja de cartón que almacena memoria. Cargando a los hombros esta mochila que ya pesa demasiado para seguir dando pasos en falso.

Es natural que llamemos «mochila» a todos esos dolo-

res que nos hemos echado a la espalda para que no nos nublen la visión ni nos entorpezcan el tránsito. Los recuerdos tienen garras y se clavan en nuestras cervicales para que se tensen, para que te duelan, para que nunca puedas olvidar que llevas una mochila. La mía empezó a llenarse demasiado pronto. Y cada vez que regreso, esa mochila gana un kilo.

Me levanto de la mesa sin probar el café. He dado apenas unos pasos cuando un hombre me avisa de que me dejo la barrita de cereales. Se lo agradezco, otra vez la sonrisa, y la aplasto con la mano. Me dirijo a la puerta de embarque convencido de que llegaré a casa igual de frágil que cuando me fui. Más aún, porque no está Marco, que ha sido mi analgésico, mi abrigo y mi fuerza estos últimos años. Quien aliviaba el peso de mi mochila cargándola, a veces, encima de la suya. Cruzo por delante de una papelera y tiro la barrita de cereales. La tinta del envoltorio me ha teñido de negro y amarillo la palma de la mano.

—Hola, Gloria —contesto al teléfono mientras espero, sentado en el suelo, frente a la puerta de embarque.

—Oye, ¿quieres que vaya Camilo a buscarte?

—¿Te ha llamado mamá? Mira que le he dicho que no andase molestando.

—Ya sabes cómo es. Camilo no podía ir a la hora que ibas a llegar, pero como vienes con retraso, que también me lo ha *contao* mamá, si no tienes a nadie que vaya a recogerte, él puede.

—Es que aún no sé si se va a retrasar más o qué. No te preocupes, en serio.

—Hoy tu hermano tiene uno de esos días..., ya te habrá *contao* mamá.

—¿Me crees si te digo que me están entrando unas ga-

nas locas de perder el avión y pasar las Navidades solo en casa?

—¿Solo? ¿Y Marco?

—Con su familia, supongo.

Debo pronunciar esas cuatro palabras como si formasen parte de un verso lorquiano.

—¿Pasa algo? —pregunta mi hermana.

Pienso en mentir. Por la misma razón por la que lo he hecho siempre. Para evitar riesgos, para protegerme. Pero la mentira no abriga. La mentira aísla, pero no cuida. Por eso no miento. Sin que sirva de precedente.

—Está con otro.

—¿Cómo que está con otro?

—¿En serio quieres detalles?

—No, no, solo que... no me lo esperaba. ¿Cómo lo sabes?

«Echo de menos tus...».

—Lo sé. Está enamorado de otro.

—Joder..., ¿habéis roto?

Un breve silencio que se transforma en una niebla gelatinosa y asfixiante.

—¿Tomás?

—Sí, hemos roto.

—¡Ay, no! ¡Mierda! ¿Cómo estás?

—Mal.

—¿Lo sabe mamá?

—Gloria, ¿puedes intentar que la conversación no gire siempre en torno a si lo sabe mamá, qué dirá mamá, le sentará mal a mamá?

—Chico, tendré que saber si tu ruptura va a estar entre los langostinos y la lombarda esta Nochebuena, o repondremos el monográfico de Toni y Ana.

Y en medio de toda esta bruma fría y ruinosa que invade a quien se sabe remplazado, de los villancicos que se

enredan entre las costuras de la terminal para acabar mezclándose con los gritos de los niños cansados y los lamentos de los padres coléricos, me río. Con ganas, como no lo había hecho en semanas. Y distingo la risa como un sonido nuevo, limpio, imperfecto en su deterioro tras acumular demasiadas tristezas, pero, sin duda, mío.

En mi familia, hacerme reír era algo que solo conseguía mi hermana Gloria, incluso sin proponérselo. Y mi risa invita a la suya y ambos estamos riendo por teléfono. Es una absoluta declaración de confianza, porque no ves a la otra persona, no percibes todo el ritual de ademanes y rostros mudables que acompañan a la risa y que convierten ese acto tan sencillo en un contagioso festival de gozo. No lo ves, pero crees. De repente, parezco el único ser humano en El Prat que tiene Navidad dentro. No sonrían. Esto solo pone en evidencia que mi sistema inmunológico no está funcionando correctamente.

—¿Tienes quien vaya a buscarte o no? —insiste Gloria aún con el resuello de la risa.

—Sí —contesto.

Acabo de decidirlo en este preciso instante.

Así empieza siempre. Como la punzada que se anticipa a la enfermedad. Las palabras bellas, recíprocas, que los amantes se dicen o escriben en la distancia, y que se vuelven humillantes cuando el que las recibe no eres tú. Cuando su destinatario se refleja en los ojos que ayer te miraban y ahora, cuando los buscas, no están.

Un azafato de tierra asegura que vamos a empezar a embarcar en unos minutos. Voy escuchando una lista de música en la que el algoritmo salta de una canción de Ahora a otra de Zahara para abofetearme a la vez que Tamino cuenta que, mientras todo cae, en algún lugar oscuro, vol-

veremos a estar juntos Marco y yo. El minúsculo instante que preciso para comprender que lo echo de menos.

—Durante el despegue y el aterrizaje, los dispositivos electrónicos deberán permanecer desconectados o en modo avión.

Poder usar el modo avión en todas las parcelas de la vida. Seguir escuchando música sin interrupciones del exterior. Sin notas de audio ni mensajes intempestivos. Sin notificaciones ni memes. El modo aleatorio es un invento satánico. Hace que se reproduzca una canción que me filtró Marco mientras ya se estaba tirando a otro. «El mes que viene sale lo nuevo de Martí Perarnau», me dijo. Y me pasó tres canciones.

Una de esas canciones suena en este momento, rescatada de mi biblioteca. La voz, como si me estuviera cantando desde el más allá, me recuerda que hay personas que somos aeropuertos. Que estamos condenados a recibir con los brazos abiertos. Marco trabajaba en una tienda de música *online* que se había hecho muy popular al servir de plataforma para artistas independientes. Y siempre que escuchaba algo que sabía que me iba a gustar, me lo traía a escondidas, como si fuera un gramo de cocaína. Las canciones de Mucho fue lo último que escuchamos juntos. Corazones viejos, obligados a latir en cada nuevo tropiezo.

Ahora le llevará canciones bonitas al otro. Porque aún es el otro. ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que yo empiece a ser el ex? Estábamos comiendo una hamburguesa y le dije: «Aún te quiero. No me importa la infidelidad. ¿Quieres que abramos la pareja? Pero, por favor, deja de verlo». No sé a cuál de las cuatro frases me contestó. Solo sé que su respuesta fue: «No».

Soy el tonto del pueblo.

—Este avión cuenta con ocho puertas de emergencia, todas señalizadas con la palabra «exit».

Me angustia el avión casi tanto como los aeropuertos. Marco lo sabía y me distraía con bobadas que alcanzaban rango de sensatez cuando su única pretensión era aplacar los instintos de la fobia. Me pasé casi treinta años de mi vida soñando con volar y ahora me da miedo. Es absurdo. Tampoco tengo muy claro si nos apuntala más lo que aborrecemos que todas las sensaciones que amamos. O si, en el fondo, es lo mismo. Soy capaz de cavilar cuatrocientos pensamientos paralelos cuando subo en un avión. Esas ideas, en ese instante, son tan imprescindibles como el chaleco salvavidas. Pensamientos que se solapan, se pelean, se empujan y se follan, para arrinconar al pequeño monstruo de tez pálida y traje negro que presiente que el avión va a estrellarse nada más despegar.

—Debajo de sus asientos encontrarán un chaleco salvavidas.

Pienso en Marco porque no sé hacer otra cosa. Al llegar a Madrid, iré al ático del Ada, a mirar de cerca la cúpula del edificio Metrópolis y recordar el beso que me dio cuando no había más futuro que el instante. Al revés que en este avión. Para la soledad solo existe el futuro, porque cualquier posibilidad, por ridícula que sea, es preferible al instante.

«Echo de menos tus...».

Un tal Guille echaba de menos sus..., nunca lo supe. Visto lo visto, es muy probable que el error de toda esa historia fuese yo. Aunque seis años siendo un error se me antojen demasiado tiempo para estar equivocado. No comprendo por qué no le dije nada cuando un tal Guille le escribió lo mucho que le echaba de menos. Fingí no haberlo visto. Y él me creyó. Las mejores mentiras son aquellas que nos contamos a nosotros mismos. Pensando en Marco, sin Marco, considero si dejar Barcelona y volver a Madrid es una opción. Soy uno de esos tipos a los que el miedo le haría inflar el chaleco dentro del avión.

—En caso de despresurización de la cabina, se abrirá automáticamente un compartimento sobre sus asientos que contiene máscaras de oxígeno.

La ansiedad me va empapando los recuerdos y no tengo nada con qué secarlos. Siento que, si me da un ataque de pánico en este avión, será culpa suya. Si nos estrellamos y no sobrevive ningún pasajero, la caja negra dirá que Marco tuvo la culpa. Si la extrema derecha gana las elecciones, si Godzilla destruye la Sagrada Familia, Marco tendrá la culpa.

Cuidado. Si ahora mismo alguien viene a darme lecciones de cómo afrontar la pérdida, le vuelo la cabeza de una hostia. Que nadie tenga la osadía de explicarle al desamor qué hay que hacer para superar que el hombre que amas ha dejado de amarte. Esa pena le pertenece como le pertenece el frío del invierno. No renuncio a ella. El desamor tiene unas tropas de asalto difíciles de combatir. Te van minando poco a poco, estudiando tus defensas para poder infiltrarse entre ellas, con bombardeos breves y demoledores, debilitándote para que, cuando llegue el momento de asaltar tu fortaleza, estés tan agotado, sin apenas recursos para protegerte, que te entregues voluntariamente al dolor y la humillación del prisionero.

—Armar rampas y *cross-check*.

Comienzo a mover las piernas, como si las rodillas quisieran morderse pero no pudieran. Marco me ponía su mano sobre el muslo y me tranquilizaba. Bebo agua. No puedo subir al avión sin una botella de agua. Siento cómo la boca se convierte en barro cuarteado, no produzco saliva y creo que no hay suficiente oxígeno en la cabina para tanta gente. Marco lo sabía y me decía al oído: «Croché». Y rescataba una sonrisa torpe entre la angustia. Tiempo atrás le conté que la primera vez que escuché eso de «armar rampas y *cross-check*» entendí «armar rampas y croché», y

me imaginé a toda la tripulación, con su aguja de ganchillo, haciendo colchas, puntillas y centros de mesa para sus abuelas.

Marco me calmaba. Pero en su asiento, que siempre era central porque solo puedo viajar en pasillo y en las diez primeras filas del avión, hay un señor que se parece a Rodrigo Rato leyendo un periódico que en portada tiene tres noticias apocalípticas sobre Cataluña. Hay personas a las que, después de amputarle una extremidad, les sigue doliendo, como si aún estuviera ahí. Dicen los médicos que esas sensaciones se van haciendo más débiles con el tiempo, aunque también es posible que nunca desaparezcan por completo.

—Entrando en pista para despegue. Buen vuelo.

Buen vuelo, tu puta madre.

El avión apesta a Navidad. Un padre se levanta de su asiento en cuanto el avión se ha detenido en las pistas de Barajas. Ese tipo de personas que sueltan su cinturón de seguridad y se alzan, como escupidos por el asiento, para abrir el compartimento superior y luego pasarse cinco minutos de pie, en pleno pasillo. ¿Considerarán que existe la posibilidad de pasar la noche en el interior del avión y tratan de evitarlo con todas sus fuerzas? ¿Piensan que hay un premio por entrar el primero en la terminal? ¿Creen que su maleta va a salir antes en la cinta porque ellos sean tan impacientes?

La nube negra está encapotando mi cabeza. Esta desolación me convierte en un tipo casi satánico que, si pudiera, repartiría sufrimiento entre todos aquellos que lo rodean, conocidos o no, pero que es tan torpe que, al final, solo acaba dañándose a sí mismo. Malditos resortes de la memoria. Siempre astutos, bloqueándote el paso, como este

estúpido padre en medio del pasillo dándoles órdenes a sus hijos para que acaben siendo igual de cafres que él.

Desabrocho mi cinturón de seguridad y permanezco sentado en mi asiento, ignorando a la persona de la ventanilla que, de pie y encorvada, parece tener una enorme necesidad de saltar por encima de las piernas del señor que se parece a Rodrigo Rato y, por supuesto, de las mías. No tengo prisa. Y observando a ese padre, me asalta un recuerdo que ni siquiera recuerdo. Digamos que me apropio de una anécdota de mamá, porque era ella quien solía contarla.

Era el verano de 1970. Yo tenía tres años y era gordito, pese a que ahora no suba de los sesenta y ocho kilos para mi uno ochenta de estatura. Cuentan que era un niño extrovertido. Desde muy pequeño interpreté el significado benefactor de la sonrisa y lo adopté. Debía ser simpático porque los familiares y las vecinas se pasaron casi dos años viniendo a diario a casa. Decían que era para preguntarle a mi madre si necesitaba algo de la calle, o para comentar cualquier chascarrillo del barrio, pero yo sabía que era por mí. Venían a verme.

Me contaron que mi tía Araceli, una de las cuatro hermanas de mi madre, la que siempre ha sido más fiestera, nos trajo un tocadiscos de esos que parecían maletas de viaje. Ella había leído en *La Gaceta Ilustrada* que los niños que escuchaban música cuando eran pequeños, incluso estando en el vientre de su madre, acababan siendo más inteligentes y desplegaban unas habilidades rítmicas muy importantes para su desarrollo. Así que apareció en casa con la maleta cuadrada, forrada en tela gris, en un estampado que parecía príncipe de Gales pero no lo era, y colocó el tocadiscos en la mesa del salón. También trajo cuatro vinilos pequeños de la colección familiar: el *Gwendolyn* de Julio Iglesias, *Un rayo de sol* de Los Diablos, el *Let it be* de Mo-

cedades y el *Achilipú* de Dolores Vargas *la Terremoto*. La anécdota siempre empezaba con esa canción.

Nadie podía explicar, ni siquiera yo porque no me acuerdo, qué debía tener aquella canción para que un niño de tres años se arrancase a bailar nada más escucharla. Quizá fuese el «apú apú» del coro, o el «achili achili chili» y las palmas del estribillo, pero lo cierto es que movía los brazos y el pañal como si aquello fuese el mejor parque de juegos del mundo. Cuando los adultos descubrieron la reacción que provocaba juntar al niño con la canción explotaron al máximo el fenómeno.

—Ha salido a mí —decía mi madre—. Este y la pequeña son como yo. El mayor, sin embargo, es igual que su padre, un pato *mareao*.

No había día que no se juntasen tres o cuatro vecinas para que mamá pusiera el *Achilipú* en el tocadiscos y empezase la fiesta. A mi padre no le hacía mucha gracia, pero veía a mi madre tan orgullosa del salero de su hijo que supongo que hizo la vista gorda hasta aquella mañana.

Estaba en el rellano, entre las vecinas, cuando, después del repaso al calendario de vacunas, mi madre encontró el momento de poner el *Achilipú*. Me dejó el tiempo justo para llegar hasta el tocadiscos, poner el vinilo en el plato, llevar la aguja al surco y volver corriendo a la puerta para asistir, desde el palco de honor, al espectáculo. Contaba mamá que ya identificaba la canción antes de que se escuchase la letra. Solo con los golpes del cajón y la flauta mora, ya entraba en trance. Y las vecinas rompían en carcajadas y requiebros, algunas se atrevían a acompañarme con las palmas y otras coreando el estribillo. Encarnita, la del bajo B, corría a su casa a ver si la cámara de fotos tenía carrete. Y presiento que mamá era feliz.

Hasta que apareció mi padre abriendo el portal. Venía

con mi hermano Toni, que tenía siete años, y el multitudinario cuadro flamenco, ese día, no le hizo ninguna gracia.

—¡Basta de bailecitos, que me lo vais a volver maricón!

Esa fue la primera vez. Ni siquiera fue un grito. Ni siquiera lo supe hasta muchos años después, cuando mamá no dejaba de contar la anécdota, incluyendo la frase de mi padre como si fuese el redoble simpático que cerraba el gag. Es curioso. A mi padre no le hizo gracia, pero aquel momento sería recordado como algo gracioso. Y él aceptó ese giro argumental porque era mucho más amable con él que conmigo. Ahora imagino que esa frase sería celebrada por las vecinas con una envolvente carcajada. El chiste servido en papel de periódico. Por eso siempre lo contaba mamá. «Me lo vais a volver maricón». Y la gente seguía riendo esa salida. Y mi padre sonreía, como el humorista satisfecho con la ocurrencia que siempre funciona.

Hasta que un día, los demás dejaron de reírse. Quizá porque veían algo que mis padres no querían ver. Y ese día, mamá decidió acabar la anécdota conmigo bailando en el descansillo, rodeado de vecinas, dejando que el eco del *Achilipú* se encargase de cerrar la historia.

Aquí está sonriendo, como siempre hacen aquellos que saben que no necesitan nada más para desarmarte. De hecho, la puerta de llegadas de la T4 está llena de familias, de todas las culturas, algunas hasta con pancartas de bienvenida y gorros de Papá Noel, y de señores que muestran apellidos ingleses y alemanes escritos en un papel, y yo solo veo la sonrisa de Roberto.

—¿Cómo estás? —me pregunta cuando me tiene delante, con un gesto amable y algo compasivo.

—Ya sabes que odio la Navidad.

Suelto el asa de la maleta y nos abrazamos.

—Lo siento —me dice.

—¿Se puede tener cincuenta y dos años y que aún te cueste ser mayor? —pregunto.

—Se puede —contesta Roberto.

Desatamos el abrazo y ligamos nuestros ojos.

—¿Has dejado la terapia? —me pregunta.

Contesto un no sin palabras.

Debéis saber que Roberto fue mi pareja durante siete meses y, además, mi sicólogo. No en ese orden. Lo conocí en 2001, un año después de un mal año, que siempre era el siguiente al año peor. He comprendido que mis heridas son las mismas. He aprendido a vaticinar la oscuridad, manejo herramientas que antes ni siquiera era capaz de imaginar, pero las heridas jamás se curan. Reconstruyes la pared una y otra vez sabiendo que, por muy bien que selles las grietas, volverán a abrirse al mínimo temblor.

Roberto me decía que no podíamos evitar caer, pero que sí podíamos aprender a no herirnos al hacerlo. Él lo llamaba *ukemi*, que significa «caída» en japonés. Una técnica que aprenden quienes practican artes marciales para caer sin lesionarse. Hay tantos tipos de caídas que en ocasiones no llego a averiguar si beso el suelo siempre de la misma jodida manera o estoy innovando continuamente. Con esta fórmula, de poco sirve aprender a caer de costado si la próxima vez lo haces de espaldas. Así estoy ahora. Así estaba entonces, cuando una compañera de la radio me pasó el contacto de un sicólogo conductista llamado Roberto Barca.

—¿Tomás? —me dijo al abrir la puerta. Esa sonrisa.

Me invitó a entrar en una habitación muy luminosa, con un balcón de puertas altas y acristaladas, y unas cortinas blancas traslúcidas por las que parecía entrar toda la claridad de Madrid. El suelo era de madera, crujía a cada paso, y apenas había un lugar en el que perder la mirada,

un solo centímetro cuadrado que pudiera distraerme durante más de medio segundo. Un escritorio de apenas cinco palmos de ancho, muy sencillo, con un vaso de cerámica y cristal encima, lleno de lapiceros y pinturas de colores, varios folios blancos, una agenda abierta, una pluma y un calendario de mesa. Un estante en la pared con media docena de libros de sicología. Una planta alta, de hojas verdes y brillantes, tanto que parecía artificial. Un sillón azul. Un sofá de dos plazas del mismo color. Uno frente a otro. Una mesa baja entre los dos asientos, completamente vacía y anodina. Junto al sofá había una lámpara de pie que, como eran las doce del mediodía, estaba apagada. Lo único que llamó mi atención fue una caja de cartón blanco, cuadrada, que había sobre una mesita auxiliar de cristal, junto a la lámpara de pie y el sofá, de la que sobresalía un pañuelo de papel suplicando que lo salvase de las arenas movedizas.

—Alguien que trabaja con una caja de clínex al lado, o va a hacer que me corra o me va a hacer llorar —dije antes de sentarme.

Estaba arrepentido a mitad de la frase, pero ya era tarde. He construido mi propia armadura con fragmentos rotos de mí mismo. No puedo esperar que me proteja siempre. Entonces saco al tipo ocurrente, el irónico, el que bromea cuando por dentro solo quiere cerrar puertas y ventanas para esconderse del daño. Ese tipo simpático que suele llevarse el abrazo que el niño, el mismo que me había acompañado hasta ese cuarto con pañuelos de papel, nunca tuvo. Fue una frase estúpida que puso en evidencia mi temor. Con el tiempo supe que a Roberto no le gustó el comentario. Pero no me negarán que fue rotundamente premonitorio, porque si algo ha logrado Roberto en esta vida es que me corra y lllore como pocas veces.

—Perdona por haberte hecho venir hasta el aeropuerto en estas fechas —digo mientras engancho el cinturón de seguridad.

—No te preocupes. Me extrañó que vinieras en avión.

—Me estaba enseñando unas fotos de su sobrino cuando apareció ese mensaje en su móvil. Guille echaba de menos sus... No sé si serían sus besos, sus caricias o sus pelotas velludas, no lo sé. Marco hizo desaparecer la notificación en milésimas y yo fingí no haberla visto. Y seguí comentando la foto de su sobrino, como si nada. Luego salimos a la calle porque habíamos quedado con unos amigos. Pero ya todo fue sospecha, y darle vueltas a la cabeza, varios días, hasta que por fin me atreví a preguntar. Y me lo negó dos veces antes de reconocerlo todo. El resto es una historia de preguntas sin respuesta, de palabrería para intentar salvar el estropicio, lo suficientemente larga como para que solo quedasen billetes del AVE en preferente. Tampoco sabía si íbamos a ser dos en Nochebuena o solo uno. Y al final, el avión, que tampoco te creas que me ha salido tirado de precio.

—¿De verdad que no quieres quedarte en casa? Sabes que hay sitio. Es que gestionar una ruptura sentimental en Navidad, en casa de tu madre, con tu hermano Toni ahí..., la verdad, no sé si es la mejor opción —opina Roberto mientras arranca el coche.

Roberto casi siempre tiene razón. Incluso cuando se la niego. Por eso nuestra relación de pareja fue un fracaso, aunque él detesta que use esa palabra. Porque el hombre que me amaba conocía tan bien mis mierdas que acabó convirtiendo el amor en un laberinto de espejos donde toda huida era un tropiezo con alguno de mis recuerdos. Cuando hablaba, sentía que no me estaba ayudando como yo esperaba de una pareja; que utilizaba información privilegiada para desmontar mi dolor sin compasión, sin empa-

tía, como el economista neoliberal que le dice al parado de cincuenta y siete años que se reinvente. Pero cuando guardaba silencio era peor. Sufría su mudez como una desoladora incógnita que interpretaba como la peor de las agresiones. Y antes de volverlo loco, porque en ocasiones siento que yo ya lo estoy, decidí romper. Roberto lo entendió. En aquel momento, me jodió su beneplácito. Ahora comprendo que adivinó que el amigo podría hacer mucho más por mí que el novio.

—No te preocupes. Es solo una semana. El 28 vuelvo a Barcelona. El 29 ya trabajo. ¿Y Juan?

Juan es el marido de Roberto. Desde hace siete años. Todos mis ex tienen novio. Algunos, marido. Si supierais lo que siento cuando escribo esto, quizá entenderíais toda esta cagada. Porque os puedo asegurar que no hay un solo dolor de este adulto, un solo miedo, una lápida bajo la que sepultar mi autoestima, que no tenga su origen en los trece primeros años de mi vida social.

Desde una mediocre mañana de noviembre de 1974, que mi memoria proyecta en blanco y negro, con la textura del rencor y la mirada del dictador clavada en mis ojos, hasta 1987, cuando, vestido de negro y con el pelo cardado a lo Robert Smith, me emocionaba en la pista de la vacía Sala Universal porque el DJ pinchó el *Somebody* de Depeche Mode.

Todo lo que siento hoy, ante cualquier contratiempo de la vida, se fraguó en esos trece años. Incluso cuando veo cómo mis ex se enamoran y se casan mientras yo voy acumulando fracaso tras fracaso. Otra vez esta maldita palabra. Seguro que habrá quien piense que todo esto es regodearse en la tragedia, como si disfrutase sufriendo. Vamos, que esta es la historia de una *drama queen*. A veces los maricas, de la misma manera que nos apropiamos del insulto para desactivarlo y que así no pueda herirnos, nos burlamos del

dolor, del propio y del ajeno, para no tener que mirarlo a los ojos.

—Está bien. Te manda recuerdos. Ya sé que estarás hasta las pelotas de cenas y de comida, pero ya organizaremos algo en casa para que vengas una tarde —contesta Roberto.

Y sin que tenga que decirle nada, emprende camino hacia Ciudad Pegaso.